
MARIO BUNGE

Tres mitos de nuestro tiempo:
virtualidad,
globalización,
igualamiento.

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2022

*Tres mitos de nuestro tiempo:
Virtualidad, globalización, igualamiento*
Mario Bunge

Fuente:
Universidad Nacional Litoral
Colección Honoris Causa
2001

Digitalización y maquetación:
Demófilo
2022

Libros Libres
Cultura Libre



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2022
Ω

ÍNDICE

4	Presentación institucional
7	Introducción
9	1. ¿Hacia la sociedad virtual?
18	2. ¿Hacia la comunidad global?
27	3. ¿Hacia la sociedad igualitaria?
31	Conclusiones

Presentación institucional ★

La Universidad Nacional del Litoral tiene hoy el honor de recibir la visita de un intelectual argentino de renombre internacional en el ámbito de la filosofía de la ciencia, como es el Dr. Mario Bunge. No es ésta la primera vez que nos visita. Queda en la memoria su paso por el Instituto de Historia de la Ciencia durante 1942, organizado por el Ing. Babini y el Rector Cortés Plá, y el dictado de una conferencia en la Facultad de Ingeniería Química en 1943. Los avatares de la vida política nacional lo alejaron no sólo de nuestras aulas sino también del país a partir de 1963. Sin embargo, nunca permaneció totalmente ausente de nuestra vida universitaria; a través de sus publicaciones y de sus visitas periódicas, varias generaciones de estudiantes se nutrieron de sus enseñanzas en el área mencionada.

El Dr. Bunge es un científico filósofo de la ciencia, lo cual significa que sus trabajos no son sólo reflexiones de un filósofo, distante de los problemas de los investigadores científicos. Estos estudios, que abarcan un ámbito sorprendentemente amplio de disciplinas científicas, se proponen, por un lado, describir y analizar la investigación científica y, por otro, identificar y criticar sus presupuestos filosóficos. Su punto de partida son los problemas y las prácticas de las disciplinas que investiga, llámese a estas física,

* Discurso pronunciado por el Sr. Rector de la Universidad Nacional del Litoral, Ing. Mario D. Barletta, en ocasión de distinguir a Mario Bunge con el *Doctor Honoris Causa*. (31 de mayo de 2001, Paraninfo de la UNL).

biología, matemática o ciencias sociales.

Como filósofo de la ciencia, Bunge se propone, además, como meta, recomponer la unidad de la ciencia en una época en la que ella parece mortalmente amenazada por el rapidísimo desarrollo de las especializaciones. Es en este punto donde la filosofía y la ciencia convergen para Bunge. Para ello, no deja de explorar conceptos centrales en ambas: causa, azar, caos, vaguedad, exactitud, paradigma, problema, teoría, modelo, por mencionar algunos.

En el camino, no deja de hacer críticas incisivas a enfoques científicos y filosóficos que para él son irrelevantes, confusos o totalmente equivocados: al materialismo reduccionista, al empirismo vulgar, al idealismo, al pragmatismo, al relativismo, al convencionalismo, al subjetivismo, entre otros. Esta crítica supera su etapa meramente negativa al proponer una nueva y útil filosofía para estudiar la ciencia, esto es, los elementos de ontología, gnoseología, semántica, axiología y ética que no se pueden dejar de examinar como presupuestos de una epistemología.

Tampoco su crítica a las corrientes contemporáneas de sociología del conocimiento se restringe a autores y posiciones que están hoy muy en boga. Bunge persigue una idea de ciencia que esté más ligada a sus aplicaciones potenciales, es decir, a la tecnología. Aborda en profundidad los problemas de la relación teoría-práctica, los de política científica y los de la relación entre ciencia e ideología.

En todos los temas que he mencionado, y que distan mucho de agotar los que Mario Bunge ha abordado en infinidad de publicaciones, se ha convertido en un autor de referencia obligada a nivel mundial.

Pero el interés de Bunge llega también a otros tópicos que refieren a nuestra vida nacional, y es así que a través de

numerosos artículos periodísticos nos ha hecho llegar su visión acerca de nuestro sistema educativo y, en especial, el universitario. Debemos releerlo en este sentido, hoy que el debate sobre la educación superior está en uno de sus puntos más álgidos.

Por todo esto, y por lo que para nuestra Universidad significa tenerlo una semana para conocer personalmente su prolífico pensamiento , le agradecemos profundamente esta visita que marcará un hito inolvidable en la vida de nuestra institución.

Introducción

En el curso de las dos últimas décadas han ocurrido tres acontecimientos que dejan chicos a todos los demás. El primero es la desintegración del imperio comunista, con el consiguiente eclipse del ideal de la igualdad. El segundo acontecimiento es el triunfo político a escala cuasi planetaria de la ideología neoliberal, que preconiza retrasar el reloj social en un siglo y macdonaldizar el estilo de vida de todos los habitantes del planeta. Y el tercero es la revolución informática, que ha transformado la manera de trabajar, comunicar, investigar e incluso comerciar de millones de personas.

Así como el primer acontecimiento acabó con un ideal, al menos transitoriamente, los otros dos acontecimientos han generado otros tantos mitos: los de la sociedad virtual y global, con la promesa de igualdad como yapa. Según el primero de estos mitos, la sociedad real, constituida por individuos que se ven y se tocan, está siendo reemplazada por la sociedad virtual, de individuos que sólo se comunican a través de la red informática. El segundo mito es que bastará derribar las barreras aduaneras y los obstáculos a la iniciativa privada para que todos gocen de prosperidad. El tercero es el que sostiene que esta prosperidad universal eliminará pacíficamente las diferencias sociales y los conflictos políticos, incluyendo las guerras. Según estos tres mitos, estaríamos marchando hacia un Nuevo Orden mundial caracterizado por la virtualidad, la globalidad y la igualdad.

Estos mitos han sido inventados o difundidos no sólo por futurólogos, periodistas y propagandistas, sino también por escritores famosos. Entre éstos se destacan los sociólogos de sillón Marshall McLuhan (1964), Jean Baudrillard (1973), Jürgen Habermas (1981), Niklas Luhman (1984), Manuel Castells (1996) y Anthony Giddens (1995). Llamo a estos autores 'sociólogos de sillón' porque son impresionistas literarios: no fundamentan sus ideas sobre investigaciones empíricas que se publican en las revistas especializadas de sociología, economía, politología o historia.

Veamos, entonces, qué razón tienen estos profetas de la comunicación, la globalización y el igualamiento a computadora. Veamos si han hecho predicciones científicas o están en la compañía de los profetas bíblicos.

1. ¿Hacia la sociedad virtual?

Es un lugar común el hecho de considerar que estamos pasando por una revolución técnica tan radical como las iniciadas por la máquina a vapor, el motor eléctrico, las telecomunicaciones y la píldora anticonceptiva, a saber, la revolución informática. Esta revolución ha cambiado no sólo la manera en que se difunde la información, sino que además ha transformado algunas actividades y relaciones sociales, en particular el modo de producción, circulación y utilización del conocimiento.

Nos hemos habituado a ver solamente los aspectos positivos de esta revolución, tales como la difusión casi instantánea de información, la emergencia de "colaboratorios" científicos, el ahorro en trabajo aburrido y las transacciones comerciales por Internet. Sin embargo, la historia tendría que habernos prevenido que toda innovación, sea técnica o de otro tipo, tiene aspectos negativos así como positivos.

Un motivo de esto, en lo que respecta a la revolución informática, es que no todos están tan bien educados y situados, ni económicamente tan bien dotados, para aprovechar los nuevos medios. Otro motivo es que la www, o red electrónica mundial, amenaza la intimidad (o privacidad, como se dice en espanglés). Baste pensar en todas las empresas y todos los individuos cuyos mensajes no solicitados atiborran nuestras pantallas, porque están ansiosos de compartir con nosotros sus valiosas ofertas y sus ideas geniales.

La revolución informática es, pues, tan ambivalente como

las revoluciones técnicas anteriores. Esta ambivalencia no presenta problemas a los creyentes en la inevitabilidad y deseabilidad de algunas innovaciones técnicas. Pero debería dar que pensar a cualquiera que se inquiete por las consecuencias imprevistas y a veces perversas de las acciones humanas.

Al empezar a popularizarse las computadoras electrónicas y, sobre todo, al introducirse Internet, nació una nueva utopía: la sociedad electrónica o virtual. Ésta sería una sociedad en la que las relaciones cara a cara serían reemplazadas por comunicaciones a través de la pantalla. Todos viviríamos en el ciberespacio, en el que desaparecerían los clivajes de clase y nación. El mundo sería una copia agrandada de Silicon Valley (v. p.e. Castells, 1996). El anonimato, la globalidad y la uniformidad serían totales. Estas características fueron bien captadas en una caricatura publicada hace unos años. Dos perros conversan frente a una computadora, y uno le dice al otro: "Lo mejor de esto es que nadie advierte que uno es un perro".

Según esta utopía, la gente ya no se reuniría en esquinas, cafés, clubes, comités políticos, iglesias, supermercados, o esquinas, sino que se comunicaría entre sí a distancia. Todo el comercio, incluso el minorista, se haría por Internet. En las empresas se eliminaría la sala de reuniones. Las oficinas funcionarían sin papel. Las aulas se convertirían en talleres en los cuales cada estudiante estaría frente a una pantalla, sin ver a sus instructores ni interactuar con sus pares salvo a través de la pantalla (mejor aún: las aulas desaparecerían, y todos aprenderíamos sin salir de casa). Las bibliotecas serían desplazadas por Internet. Las canchas de fútbol, por juegos electrónicos. Ni siquiera habría ciudades: la población se distribuiría uniformemente por todo el paisaje, de modo que la densidad de población

sería constante y baja en todo el mundo. Se terminarían así las congestiones de todo tipo, salvo las que de tanto en tanto paralizan a Internet.

Quizá incluso las relaciones familiares pasarían por la pantalla. Por ejemplo, los esposos se comunicarían entre sí por computadora dentro de la misma casa, acaso también dentro del dormitorio. El amor virtual reemplazaría al de carne y hueso. Más aún, el mundo entero se convertiría en lo que el primer gurú de la revolución informática, el profesor canadiense Marshall MacLuhan, llamó la "aldea global". Cada cual podría comunicarse con seis mil millones de congéneres, sin tener que entablar enojosas interacciones personales. También se ha profetizado que la difusión de Internet perfeccionará la democracia, ya que cada cual votará en su computadora, sin asistir a reunión es ni concurrir a comicios.

Pero nada de esto es ni será verdad. Primero, porque quienes tienen acceso a la red constituyen una elite. Segundo, porque el debate racional que puede lograrse en una reunión cara a cara o una asamblea bien moderada es imposible a través de Internet: aquí cada cual dice lo que se le antoja, cuando se le antoja y en el tono que se le antoja. Tercero, porque todo artefacto cuyo uso requiere pericia y dinero excluye a la mayoría y por lo tanto aumenta la desigualdad social.

La idea subyacente a la utopía de la ciber sociedad es que lo único que mantiene unida a la gente es la comunicación: ésta sería la argamasa de la sociedad. Este mito se popularizó a mediados del siglo XX. En particular Karl Deutsch (1966), distinguido sociólogo y politólogo de Harvard, definió un pueblo como "un cuerpo de individuos que pueden comunicarse entre sí a grandes distancias y acerca de

múltiples asuntos". Niklas Luhman (1984). quien influyó fuertemente sobre Jürgen Habermas, fue más allá: sostuvo que los sistemas sociales consisten en comunicaciones y nada más que comunicaciones (como si pudiera haber relaciones sin relata).

Si todo esto fuese cierto, los usuarios de correos, teléfonos o redes informáticas constituirían una sociedad o, incluso, un pueblo. Pero esto no es cierto: para que exista una sociedad se necesita mucho más y mucho menos. Se necesita gente relacionada por una multitud de lazos económicos, culturales y políticos, así como una raigambre histórica. Las comunicaciones globales, aunque pueden ayudar, no son necesarias para constituir un pueblo: baste pensar en los pueblos primitivos, que carecieron de redes de información.

Hace casi tres décadas, en una reunión convocada por UNESCO en París, calificué de absurda la idea de que todos los vínculos sociales se reducen a la comunicación. Sostuve que la comunicación, con ser importante, no es sino un medio. No reemplaza el trabajo ni las interacciones cara a cara, motores de la sociedad, sino que los complementa. El Profesor Deutsch, que estaba presente, se escandalizó: "¿Cómo se atreve a decir esto en el recinto de la UNESCO?" (Afortunadamente, este incidente no empañó nuestras relaciones personales).

Más recientemente, el filósofo y sociólogo de sillón Jürgen Habermas (1987), campeón de la llamada teoría crítica, abrazó esta idea y escribió una obra, tan confusa como pesada, sobre lo que llamó "acción comunicativa". O sea, hablar y escribir, que es lo que sabe hacer un profesor libresco. Pero ¿quién crea la riqueza de la que salen los sueldos de los profesores? Y ¿qué es lo que genera la

necesidad de comunicarse? La comunicación no es una relación vinculante (*binding*), como lo son la relación familiar, la amistad, la buena vecindad, la reciprocidad, el intercambio y el trabajo. La comunicación sólo ayuda a establecer, reforzar o debilitar las relaciones sociales vinculantes.

Por este motivo, la sociedad electrónica o virtual , en que sólo nos comunicaríamos a través de la red global, es una utopía irrealizable. Todos, con excepción de los pacientes aquejados de autismo, necesitamos ver a nuestros interlocutores, adivinar lo que nos dicen con el movimiento del cuerpo, estrecharles la mano, o aunque sea caminar juntos en silencio. Al fin y al cabo somos animales con sentimientos, no autómatas. La relación entre pantallas puede complementar a la relación cara a cara pero no reemplazarla.

Todos necesitamos amar y odiar, cooperar y competir. Y los amigos y enemigos no se consiguen sin esfuerzo: hay que ganárselos. Para hacerse de amigos o conservarlos hay que ofrecer o pedir ayuda. Hay que pelear para hacerse de enemigos que le acucien a uno a mejorarse. Hay que apasionarse por una idea para investigarla o ponerla en práctica con tesón. Hay que odiar una idea para combatirla con elocuencia. Nacemos animales sociables y nos hacemos sociales, del mismo modo que nacemos con la capacidad de hablar y aprendemos a hablar. Por esto, uno de los peores castigos es el confinamiento solitario.

Clifford Stoll es un astrónomo aficionado al ordenador y asiduo visitante de Internet, a cuyo desarrollo ha contribuido. Es, pues, cualquier cosa menos un tecnófobo. Pues bien, Stoll escribió un libro advirtiendo contra la falacia de la sociedad virtual: *Silicon Snake* (1995). Una

traducción posible del título es *La droga milagrosa de silicio*. Los peruanos preferirían *Grasa de culebra al silicio*. En este libro, Stoll afirma que las redes de ordenadores son armas de doble filo. Por una parte permiten acceso rápido y barato a montañas de informaciones útiles. Por la otra, "nos aíslan a los unos de los otros y devalúan la importancia de la experiencia real. Actúan contra el alfabetismo y la creatividad. Socavan nuestras escuelas y bibliotecas" (pág. 3).

La excepción a esta regla es la comunidad científica. En efecto, Internet ha facilitado enormemente el trabajo diario de los investigadores en todas las ciencias, al reforzar su colaboración a distancia. Esto ha sido posible debido a que la búsqueda desinteresada de la verdad, a diferencia del poder económico o político, está regida por un *ethos* peculiar (Merton, 1968). La moral de la ciencia incluye la propiedad común de la información, así como el derecho y el deber de practicar la crítica constructiva. Pero es sabido que este código moral no se aplica a ninguna otra comunidad que no sea la científica. De modo, pues, que la ciber-sociedad está habitada sólo por científicos. Sin embargo, éstos siguen reuniéndose cara a cara en los lugares tradicionales: despachos, laboratorios, corredores y seminarios, congresos y revistas impresas.

Sin duda, la expansión de la red electrónica ha facilitado la formación de "colaboratorios" a escala planetaria. Sin embargo, Van Alstyne y Brynjolfsson (1996) han encontrado que el mismo mecanismo también puede "balcanizar" la ciencia, al reforzar los vínculos entre investigadores dentro de campos hiper-especializados. El que la *www* promueva la insularidad o la interdisciplinaridad depende del enfoque y los intereses de cada cual. Y éstos son conformados en parte por la filosofía que se adopte.

Solamente si se adopta una filosofía sistémica se propenderá a tender puentes entre disciplinas, lo que es particularmente urgente en el campo de los estudios sociales, ya que todos éstos tratan de lo mismo.

En el Primer Mundo, que abarca sólo a una sexta parte de la humanidad, se está difundiendo una nueva enfermedad: la infoadicción. Afortunadamente los infoadictos (o redalcoholistas) con y siempre serán una íntima parte de la población. Hay dos motivos para ello: utilidad restringida y costo excesivo. El primero es que la enorme mayoría de las tareas que realizamos en la vida diaria no requieren el uso del ordenador. Ejemplos tomados al azar: aprender a caminar y a respetar al prójimo; asearse y lavar ropa; clavar un clavo y cocinar; saludar al vecino y recitar un poema; jugar a la pelota y asistir a una reunión. El segundo motivo por el cual Internet siempre será una herramienta de elite es que un sistema compuesto de ordenador y modem cuesta unos 1.000 dólares, suma superior a la que ganan por año la mayoría de los habitantes del Tercer Mundo.

Ya por una de estas razones, ya por la otra, no es cierto que estemos marchando hacia la cibersociedad, esa sociedad ideal sin ciudades, negocios, locales de reunión, laboratorios, bibliotecas, ni campos de deportes: colección amorfa de individuos encerrados en sus casas, cada cual sentado frente a su pantalla, comunicándose con centenares de personas sin cara.

El célebre Bill Gates es el dueño de Microsoft, uno de cuyos programas uso para mecanografiar este artículo. Cuando viajó a China, contra su costumbre no llevó consigo su "laptop" u ordenador portátil. No lo llevó porque quiso ver gente de carne y hueso, no imágenes en la

pantalla, para estimar las posibilidades del mercado chino. A su regreso declaró que los campesinos chinos necesitan tractores, no ordenadores. No están maduros para la revolución informática: antes tienen que terminar de salir del fondo de la historia. Opino que esta vez Bill Gates tiene razón. Y nadie podrá acusarlo de padecer de tecnofobia.

Concedido: los ordenadores se han vuelto indispensables en casi todo el mundo, y debemos estar agradecidos a sus inventores y fabricantes. También Internet se ha tornado indispensable para cerca de un millón de individuos, quienes la usan para intercambiar informaciones importantes o triviales. Pero la enorme mayoría de la gente no trabaja en la industria del conocimiento, de modo que no tiene necesidad de ordenador ni, aun menos, de Internet. Aunque haya muchos enchufados en Internet, nadie está construyendo la sociedad virtual: ésta es tan imposible como las ciudades fantásticas que imaginara Italo Calvino. Ni, por lo tanto, estamos destruyendo las sociedades actuales que, aunque defectuosas, por lo menos son reales.

Es verdad que el mercado electrónico tuvo un éxito fulmineo durante un tiempo. Pero la "nueva economía" centrada en la red acaba de entrar en una crisis pavorosa. Además, la sociedad es mucho más que el mercado, porque el intercambio de bienes y servicios no es sino una de las muchas relaciones sociales. Más aún, como lo advirtió Karl Polanyi (1944), el mercado está embutido en redes sociales. Además, mientras que el mercado no es un sistema autorregulado (pese al dogma neoclásico), la democracia sí lo es, gracias a su sistema de verificaciones y equilibrios (*checks and balances*).

También se profetizó en su momento que el uso generalizado de las computadoras abolirá la pobreza, y el uso de

Internet perfeccionará la democracia. Todo esto habría de ocurrir por que sólo contaría la información, la que sería universalmente accesible. Veamos qué hay de cierto en estas afirmaciones. Ante todo, se debe admitir que La revolución informática está expandiendo la democracia cultural, es decir, el acceso popular a bienes culturales -así como a la basura cultural-.

Sin embargo, como vimos hace un momento, sólo una minoría puede tener acceso a Internet, ya que éste requiere dinero, un mínimo de educación, y tiempo. De modo, pues, que al fin de cuentas la difusión de Internet no es total y además introduce una nueva división social: la brecha entre los que están *on line* y los que están *off line*. Esta polarización deriva de las anteriores y se agrega a ellas. El resultado neto es que la revolución informática ensancha la brecha entre los que tienen y los que no. Los estudios de sociología de la información muestran que, en efecto, esa revolución no ha contribuido a la democracia económica ni política (Menzies, 1995; Hurwitz, 1999).

En resolución, el ciberespacio no puede reemplazar a los espacios físico y social. La imaginación puede complementar la realidad pero no sustituirla. Usémosla para mejorar la realidad, no para escapar de ella. Y no empleemos a Internet si no tenemos nada interesante que preguntar ni responder. No presumamos que todos están ansiosos por saber lo que estamos pensando o vendiendo. Tengamos en cuenta que hoy día el problema del cerebro curioso no es tanto conseguir información como evitar la sobrecarga de la misma.

2 ¿Hacia la comunidad global?

El sistema mundial nació el 12 de octubre de 1492. Como es sabido, el parto fue doloroso, ya que involucró la subyugación de centenares de pueblos en cuatro continentes. Para millones de personas, su cristianización fue literalmente su crucifixión. En el siglo XVIII se inventó un procedimiento incruento pero no menos imperioso para sujetar las economías locales a las grandes empresas: el libre comercio. Y en el siglo XX los economistas inventaron la teoría según la cual la eliminación de barreras aduaneras beneficiaría a todas las naciones. Estos beneficios derivarían de las ventajas comparadas de los diversos países. Por ejemplo, los etíopes producen un excelente café, pero no pueden fabricar armas modernas; en cambio, los norteamericanos fabrican armas excelentes pero no pueden cultivar café. ¿Qué más racional que abisinios y gringos intercambien café por armas? La teoría de la ventaja comparada se enseña en todas las facultades de ciencias económicas. Pero ninguno de los profesores que la enseña se ha tomado la molestia de verificarla con estadísticas, acaso por creer que es obvia.

Por lo pronto, los entusiastas del libre-comercio suelen olvidar el lado oscuro de este asunto. Por ejemplo, hace dos siglos los británicos le impusieron el libre comercio a la India para asegurar el dominio de las fábricas textiles de Manchester y Lancashire. Llegaron a destruir los telares y a cortar los pulgares de los tejedores de Bengala. En el siglo XIX el Reino Unido inició las Guerras del Opio para obligar a los chinos a aceptar el libre comercio del opio. ¿Son éstos

ejemplos de los grandes beneficios del libre comercio, o más bien de explotación imperialista?

Pese a esta historia negra, está de moda ensalzar el proceso de integración e igualamiento que traería el libre flujo internacional de capitales, mercancías, servicios, personas, conocimientos y hábitos. Se nos dice que las barreras económicas, culturales e incluso políticas entre los países están cayendo rápidamente: que nos encaminamos velozmente a una comunidad uniforme, próspera y democrática en escala mundial. ¿Qué hay de cierto en todo esto? Un poquito.

Sin duda, el mercado de capitales se ha internacionalizado dramáticamente desde comienzos de 1990. Todos los días, miles de millones de dólares se desplazan de un extremo al otro del planeta a la velocidad de la luz. Un corredor de bolsa puede girar millones de acciones o bonos del tesoro en el curso de un día, de Zúrich a Tokyo, de Nueva York a París, o de Madrid a México. En menos de lo que canta un gallo, las carteras de empresarios e instituciones se vacían de valores de una región para llenarse con los de otros. Muy pocos países conservan trabas al movimiento internacional de capitales.

Pero esta velocidad vertiginosa del flujo de capitales tiene un precio elevado: ningún país puede contar con inversiones seguras. En efecto, basta un traspíe cualquiera de la economía, una nueva ley, o incluso un mero rumor, para que enormes capitales huyan de un país. El caso de México a fines de 1994 está fresco en la memoria de todos. También lo está el llamado "efecto tequila" que sufrieron todas las bolsas latinoamericanas y algunos grandes bancos norteamericanos.

La movilidad de capitales financieros tiene , pues, doble

filo. Facilita las transacciones internacionales al tiempo que desestabiliza las finanzas nacionales. Ya en 1978 James Tobin, quien ganó el premio Nobel de economía por su contribución a la teoría de la cartera de valores, propuso un impuesto a la exportación de capitales. Semejante tributo tendría por finalidad proteger a los sistemas financieros nacionales de catástrofes causadas por la posibilidad de transferir instantáneamente enormes sumas de dinero de un lugar a otro sin tocar otra cosa que las teclas de un ordenador. Pero las autoridades financieras son renuentes a adoptar el sabio consejo de Tobin. El "lobby" de los corredores de bolsa es más poderoso que el de los defensores del pueblo.

¿Qué sucede con las mercancías y servicios? ¿Circulan libremente por todo el mundo? Preguntémosle a los productores canadienses si no tienen enormes dificultades en exportar madera, carne de cerdo, ropa, e incluso patatas a los EE. UU. a favor del tratado de libre cambio entre las tres naciones norteamericanas. O pregúntesele a un horticultor mexicano si no tropieza con obstáculos cuando exporta frutas y legumbres a los EE.UU. La libertad de comercio favorece principalmente a los exportadores más poderosos y a las empresas norteamericanas con sucursales en México, Indonesia, Tailandia o Filipinas.

Las estadísticas muestran que el grado de globalización o integración de las economías se ha exagerado mucho (Schulze & Ursprung, 1999). Además, suele olvidarse que cada vez que la apertura de un mercado perjudica a un sector con algún poder, éste se las arregla para conseguir medidas proteccionistas para su propio sector (Goldthorpe, 2001).

¿Qué ocurre con las personas? ¿Circulan con tanta libertad

como los capitales? Pregúntesele a un marroquí deseoso de emigrar a España, a un ruso que sueña radicarse en Alemania, a un mexicano que intente ingresar en los EE.UU., o a un guatemalteco ansioso por refugiarse en México. Cualquiera de ellos dará fe de que casi todas las barreras internacionales al tránsito de personas siguen en pie. Más aún, muchos Estados las están reforzando por temor al aumento de la desocupación y a la sobrecarga de los servicios sociales. En resumen, la globalización no abarca a personas físicas.

¿Hay globalización de la cultura intelectual, técnica y artística? Sí, pero es muy parcial y unilateral. Lo que hay es invasión planetaria de productos culturales norteamericanos. Desgraciadamente, no suelen ser los mejores: los que más circulan son los malos filmes de Hollywood y malas traducciones de malas novelas, así como de presuntos manuales de autoayuda (¿Quién, fuera de Norteamérica, conoce la obra de los novelistas norteamericanos Kurt Vonnegut y Gore Vidal, o de los canadienses Margaret Atwood y Robertón Davies?).

La basura cultural que exportan masivamente los EE.UU. está desplazando a la buena producción nacional. Por ejemplo, en un viaje reciente al Brasil no pude conseguir ninguna obra de escritores brasileños de estatura mundial, tales como el clásico Machado de Assis y el contemporáneo Joao Ubaldo Ribeiro. La Unión Europea hace lo que puede para disminuir la importación de basura cultural, pero apenas lo logra. Por ejemplo, en Italia la mayoría de los cinematógrafos no ofrecen buenas películas italianas, sino que exhiben los peores filmes de Hollywood, de violencia y superstición.

¿Por qué no circulan con la misma libertad los buenos

productos culturales norteamericanos en ciencia, técnica y las humanidades? Porque apenas hay mercado para ellos: para consumir bienes culturales de alto nivel se requiere un alto grado de cultura. Sólo puede haber intercambio cultural entre naciones del mismo nivel cultural. Cuando hay desniveles importantes no hay intercambio sino colonización cultural.

Lo que sí se está globalizando rápidamente es el estilo de vida o, mejor dicho, algunos de sus aspectos superficiales. Ejemplos: el consumo de bebidas gaseosas azucaradas, "comida chatarra (*junk food*), cancerillos importados, seudomúsica rock, cocaína, whiskey, telecomedias de ínfima categoría y un sinnúmero de anglicismos innecesarios junto con los útiles. Es decir, se copia sin aprender y por lo tanto sin progresar. También los gérmenes patógenos se difunden libremente por todo el mundo. Los transportan turistas, viajeros de comercio y azafatas. Fue así como viajaron el SIDA, el Ébola y los mutantes más virulentos de los bacilos de Koch. En resumen, la globalización de la que tanto se habla es parcial y unilateral. Habría que hablar más bien de inundación de las naciones periféricas por las centrales.

Sin duda, el planeta entero es un sistema a todos los niveles: físico, biológico y social. La erupción de un gran volcán mexicano o filipino puede oscurecer el cielo en todo el mundo, lo que perjudica a los cultivos. Las migraciones masivas están borrando progresivamente las fronteras raciales, mantenidas hoy día sólo por fanáticos y demagogos. Una guerra civil en cualquier país afecta a todas las naciones vecinas. Los puestos de trabajo no cualificados emigran de los países industrializados a los subdesarrollados. Los modernos edificios de oficinas, de París a Singapur, y de Moscú a Sao Paulo, son del estilo internacional

que hiciera fortuna en Manhattan. En cualquier mercado del mundo se pueden comprar productos japoneses o chinos. En cualquier librería del mundo occidental se hallan las últimas novedades de la literatura comercial norteamericana. Pero volvamos a la economía de la globalización.

Desde hace dos siglos casi todos los economistas, con excepciones como Batra (1993), han estado ensalzando las virtudes del libre cambio. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, así como los presidentes norteamericanos de ambos partidos, les han hecho eco. Por ejemplo, Mancur Olson (1993: 235) ha sostenido que "los países que menos protegen sus manufacturas son los que más exportan". Esto es plausible, pero se refiere a los países altamente industrializados. En cambio, los no industrializados canjean productos crónicamente baratos, tales como materias primas y alimentos, por bienes, tales como máquinas, medios de transporte y armas, que se encarecen progresivamente porque son cada vez más refinados o potentes. Por ejemplo, el café casi no ha cambiado, en tanto que las armas automáticas han progresado enormemente.

¿No será éste uno de los motivos por los cuales la brecha entre los países industrializados y los demás ha ido aumentando desde el fin de la segunda guerra mundial, independientemente de las políticas sobre comercio exterior? ¿Qué, si no, explica el que, según estadísticas de las Naciones Unidas, la razón entre el 20% de las naciones más ricas y el 20% de las más pobres ha pasado de 30 a 1 en 1960 a 74 a 1 en 1997? Y ¿qué explica el hecho de que las estadísticas socioeconómicas mundiales, "a lo largo de la liberalización de la década de 1990, no llevaron en general al crecimiento económico aceptable con desigualdad estable o decreciente" (Taylor, 2000)?

Los economistas Alejandro Rodríguez y Dani Rodrik (2001) comienzan su análisis de la relación entre crecimiento económico y apertura examinando los indicadores que se utilizan habitualmente. Observan que éstos no son fidedignos, porque indican otras variables que tienen un efecto perjudicial sobre el crecimiento (entre estas variables suelen figurar elevadas tasas de interés y de intercambio, así como inestabilidad política). Los mismos autores concluyen que, cuando se hacen las correcciones necesarias, no emerge una asociación significativa entre crecimiento económico y política de intercambio. Por esto "impugnan [...] la opinión, cada vez más común, de que la integración de la economía mundial es una fuerza tan potente de crecimiento económico, que puede reemplazar a una estrategia de desarrollo". En otras palabras, el comercio internacional sólo es beneficioso como subproducto del desarrollo nacional. Si queda duda, recuérdese que los amerindios intercambiaban su oro por espejitos y cuentas de colores.

El comercio exterior es sólo uno de los factores de crecimiento económico, aunque más no sea porque su volumen suele ser mucho menor que el del comercio interior (Ocampo y Taylor, 1998). Además, el comercio es menos importante que la producción. Una economía de subsistencia es socialmente preferible a una que produzca principalmente para la exportación con la intención de adquirir armas y cancerillos.

En todo caso, no está probado que la liberalización del comercio exterior sea beneficiosa en todos los casos. Antes al contrario, en los países en desarrollo suele tener efectos perversos, tales como "el aumento de la desigualdad de ingresos, la inseguridad económica, y la marginalización social, los que a su vez tienen un efecto deletéreo sobre la

cohesión de las sociedades" (Deblock y Brunelle, 2000, pág. 113).

Y en todos los países, las desigualdades socioeconómicas crecientes están teniendo efectos desastrosos sobre la salud y la calidad de vida (Navarro, comp., 2002).

En otro lugar (Bunge, 2000) sugiero un mecanismo que explica en forma plausible los efectos perversos de la llamada liberalización. En cualquier trato, de cualquier tipo, entre partes desiguales, las más poderosas tenderán a abusar de sus ventajas sobre las más débiles, a menos que haya un juez imparcial que las proteja (como lo es la Eurocracia de Bruselas). La Unión Europea es exitosa porque durante décadas ha trabajado para elevar a sus socios más débiles: les ha puesto un bozal a las fuerzas del mercado en lugar de libertarlas. En cambio, la libertad de comercio entre países desiguales ha beneficiado principal o exclusivamente a las sedes de las corporaciones transnacionales, en particular a las que comercian con sus propias sucursales extranjeras. En general, la libertad de cualquier tipo sólo puede ejercerse entre iguales.

En resumen, por ahora sólo atraviesan libremente las fronteras el capital financiero, los gérmenes patógenos y las malas costumbres. La globalización de lo demás ha sido nimia. Y después de más de dos siglos de prédica no se ha probado con datos fehacientes que la globalización económica favorezca al desarrollo económico de las naciones subdesarrolladas. Lo único que sabemos con certeza es que, cuando de veras ocurre en forma fulmínea y masiva en estos países, destruye las industrias domésticas, aumenta la desigualdad de ingresos y erosiona las identidades culturales. Moraleja: moderemos el entusiasmo por la globalización, ya que está lejos de haberse logrado, y

además tiene tantos aspectos nocivos como beneficiosos. Es bueno que circule libremente lo bueno, pero no lo malo.

Las críticas que preceden no deben entenderse como un ataque global a la globalización, sino solamente como una denuncia del mito que sostiene lo siguiente: la globalización es total y provechosa para todos.

Ojalá se esfumaran aquellas fronteras entre las naciones que impiden los intercambios que no sean de mercancías. Ojalá puedan circular libremente las personas y las ideas en todo el mundo. Ojalá se uniformen las buenas costumbres: educación básica y atención médica gratuitas y universales; desarme universal; eliminación de la tortura y de la pena de muerte; eliminación de los terrorismos de abajo y de arriba; control global del medio ambiente; mayor poder a las Naciones Unidas para preservar la paz; y constitución de la Federación Mundial en reemplazo de la policía mundial.

En resumen, es posible y necesario pensar en una globalización amplia y que beneficie a todos, en lugar de la globalización parcial y que beneficia principalmente a unas pocas empresas.

3 ¿Hacia la sociedad igualitaria?

Desde hace dos décadas se nos promete dos utopías igualitarias en reemplazo del socialismo que, nos aseguran, ha fracasado definitivamente. Ellas son las del libre comercio y la *www*. Acabamos de ver que la primera no cumple lo que promete. Según la utopía informática, tanto las personas como las naciones nos igualamos a medida que nos enchufamos en la red. ¿Qué hay de cierto en esta profecía?

La idea de que Internet globalizará y perfeccionará la democracia se funda en el supuesto de que sólo la información habrá de contar, y que la información es universalmente accesible. ¿Es realmente así? Veamos. Es cierto que la revolución informática está expandiendo la democracia cultural, es decir, el acceso popular a bienes culturales, tanto auténticos como falsificados. Sin embargo, recordemos una vez más que la gente con acceso a Internet es y será siempre una minoría mientras subsistan desigualdades económicas pronunciadas. Esto es así porque la información, aunque sea incorrecta, cuesta; además, su uso exige un mínimo de educación y de tiempo libre.

Por consiguiente, de hecho Internet introduce un clivaje social más: la zanja entre los que están *on line* y los que están *off line*, y que son la enorme mayoría. En otras palabras, la polarización entre los conectados y los desconectados se añade a la existente entre varones y hembras, ricos y pobres, blancos y oscuros, jóvenes y viejos, cultos e incultos, creyentes e infieles, etc.. En síntesis, la revolución informática contribuye a deshabilitar (*disempower*) a los de abajo. Ésta no es una profecía sino un resultado de

investigaciones empíricas (Menzies, 1995; Hurwitz, 1999).

Sin embargo, la revolución informática no es sino una de las fuerzas que han causado el aumento de la desigualdad en el curso de los últimos tres decenios. Otros factores, acaso aún más importantes, son : a) la fusión de empresas con la consiguiente desaparición de cuadros; b) la automatización creciente; c) la disminución de puestos cualificados y bien pagados en las industrias manufactureras; d) el aumento de puestos no cualificados y mal pagados en el sector de los servicios; e) el proceso de "reingeniería" o "encogimiento"; f) la degradación de los programas de redistribución del ingreso y de los servicios sociales como consecuencia de la adopción de políticas socioeconómicas neoliberales (o paleoconservadoras); g) la continuación de las carreras de armamentos; y h) el endeudamiento al que recurren los gobiernos incompetentes y corruptos para salir del paso.

El resultado neto de estos cambios es una disminución del ingreso real de casi todos los trabajadores excepto los del nivel más bajo, incluso en el país más rico del mundo. Esta tendencia no es nueva: en los EE.UU. el aumento de la desigualdad de ingresos comenzó en 1969, al par que la productividad aumentó incesantemente (Harrison & Bluestone, 1988). En el Tercer Mundo, especialmente en Latinoamérica, la desigualdad es muchísimo más pronunciada y sigue creciendo.

Por ejemplo, hace poco el *New York Times* anunciaba la desaparición de la clase media en la Argentina. Aunque esta afirmación es exagerada, lo cierto es que, tanto en ese país como en el resto del mundo, la clase media se está proletarizando. Esto lo reconoce incluso el ex-thatcherista

John Gray (1998) en su libro sobre el espejismo de la globalización.

En todo caso, no es verdad que estén desapareciendo las clases sociales, como lo proclaman los profetas del Nuevo Orden. Al contrario, la movilidad social hacia arriba ha estado disminuyendo. En los países avanzados, casi todos los hijos de obreros son obreros; casi todos los hijos de desocupados crónicos son desocupados crónicos; en cambio, muchos profesionales quedan desocupados o semioocupados. En suma, las estadísticas no sugieren que esté desapareciendo la división en clases sociales. Por esto el análisis de clases sociales, que había sido descuidado durante décadas, e incluso estigmatizado como marxista, ha vuelto a ponerse de moda (v. p.e. Sorensen, 2000, y los comentarios que le siguen).

Tampoco se observan la desaparición de la diferencia entre izquierda y derecha, ni el desacoplamiento entre clase social y partido político que anticiparon los profetas del Nuevo Orden o la Tercera Vía, tales como Giddens (1995). Por ejemplo, en los EE.UU. los obreros siguen votando a los demócratas, y los ejecutivos a los republicanos; y en Italia los trabajadores votan mayoritariamente por la izquierda, y los demás por la derecha. Los otros clivajes sociales, en particular el racial y el religioso, siguen teniendo las contrapartidas políticas habituales (Manza & Brooks, 1999). En resumen, no estamos marchando hacia el Partido Único. Lo que sí está ocurriendo en muchos países es que la gente se está desilusionando de la política, de modo que allí donde el voto no es obligatorio, no acude entusiastamente a las urnas.

En resumen, los datos estadísticos no dan pie a la tesis del igualamiento socioeconómico y de la uniformación

política como efecto de la revolución informática y la globalización. Todas nuestras sociedades siguen estando profundamente divididas, y en casi todos los casos estas divisiones se han acentuado. Esto vale especialmente para las sociedades latinoamericanas y ex-soviéticas.

Conclusiones

En el curso de los dos últimos decenios nos han estado vendiendo tres mitos que están arrollando al pensamiento crítico. Ellos son los de la cibersociedad, la globalización total, y el igualamiento de naciones y personas resultantes de la combinación de la Revolución Informática con el libre comercio.

Los tres mitos en cuestión, como mitos que son, tapan la realidad en lugar de destaparla. La realidad es que la humanidad está enfrentando enormes problemas globales que, lejos de resolverse, se están agravando. Ellos son:

1. El dominio económico progresivamente intenso y global por corporaciones transnacionales cada vez menos numerosas, con el debilitamiento consiguiente de las economías nacionales y del poder de los individuos.
2. La desigualdad creciente tanto entre naciones como entre individuos, con el consiguiente deterioro del estilo de vida de la enorme mayoría de las personas, particularmente en el Tercer Mundo.
3. La marginalización política de las masas, debido a su desilusión con los partidos políticos tradicionales, con el consiguiente debilitamiento de la democracia.
4. El rápido deterioro del medio ambiente debido a la ausencia de reglas internacionales sobre la emisión de gases, la pesca, el talado de bosques, el uso de pesticidas y fertilizantes, etc.
5. El agotamiento de recursos naturales no renovables, en particular los energéticos, y la ausencia de estímulos para

el desarrollo de sustitutos de los mismos.

6. El continuo aumento de la población, especialmente en las regiones que menos pueden sostenerlo, y ello debido a la falta de una planificación mundial de la familia.

7. La prolongación del armamentismo pese a la terminación de la Guerra Fría.

8. La decadencia de la familia., provocada en unos casos por la desocupación y en otros por la ocupación excesiva.

9. La globalización de la cultura de supermercado, caracterizada por la baja calidad, con la consiguiente nivelación por abajo de maneras de pensar, valores, gustos y aspiraciones.

10. El auge del macaneo posmoderno, con la consiguiente degradación de los estudios de las humanidades y de las artes. A ese macaneo pertenecen los tres mitos que hemos examinado hace un rato.

En resumen, si el siglo XX fue el de los totalitarismos clásicos, el nuevo siglo amenaza ser el de un neototalitarismo que apenas empezamos a comprender. Es difícil de entender en parte porque, a diferencia de los totalitarismos clásicos, no se impone tanto por la fuerza como por el abuso del mercado y de la publicidad, los manejos de las burocracias estatales al servicio de los intereses transnacionales, y la apatía política popular generada tanto por la corrupción de las clases políticas como por la ausencia de ideales nuevos y factibles.

El estudio de este neototalitarismo cabe a grupos multidisciplinarios e interdisciplinarios dentro y fuera de universidades y parlamentos. Y la lucha contra el mismo recae

sobre las organizaciones voluntarias, en particular los partidos políticos. Quienes no investigan la realidad no pueden aspirar a repararla. Quienes no planean sobre la base de conocimientos sólidos se tornan esclavos de planes ajenos. Y quienes no nadan contra la corriente son arrastrados al océano anónimo.

